

LA MUERTE QUE TRAJO LA VIDA

En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa.

Si es otoño, no gozarán de la variedad cromática con que se visten las montañas y campos que formaron parte del paisaje que los rodeó, pintado con las diferentes tonalidades que ofrecen los árboles caducifolios, que extrañarán sus manos a la hora de recoger los frutos de temporada que les sirvieron de alimento, y a los que durante tantas estaciones les dio mimos y cuidados. Y si es verano se les añorará en los ríos, pozas, balsas y acequias donde se refrescaron de los inclementes calores estivales junto a amigos y familiares. Pero sobre todo, sus voces serán añoradas en los *roldes* o corros formados por los vecinos para tomar la fresca al caer la tarde frente a cualquier portal de la calle donde vivía, donde sentados en viejas sillas de enea, o sobre las propias aceras, se recordarán las conversaciones, anécdotas, conocimientos e historias que legó tras ser heredadas generación tras generación, y que con cada ausencia suponen un hueco tan grande equivalente al arrancar parte de las páginas de ese libro de la vida por el que todos transitamos.

Tras escribir estas reflexiones, José se quedó meditando cómo continuar su escrito. En eso, su nieta Fina entró como un torbellino en su estudio con su tablet y sus inseparables auriculares.

– Abuelo ¿Qué escribes tan concentrado? -Preguntó Fina a su abuelo José

- Lo duro y triste que es perder a los vecinos de este pueblo, mi niña.
- Jolín, abuelo, Mira que eres cenizo. Pero si hoy, aunque te mueras, te puedes quedar entre los tuyos para siempre.
- ¿Cómo? ¿Acaso se ha inventado la fórmula de la inmortalidad y no me he enterado?
- Preguntó escéptico José, para ver por dónde le salía su nieta.
- ¡Que va! Hasta ahí no se ha llegado todavía, pero gracias a los avances de la ciencia, en la actualidad, los seres que ya no están con nosotros están más vivos que nunca. Mira, mira... -le dijo a su abuelo, que curioso, dejó de teclear en el ordenador para acercarse a la tablet que le mostraba su nieta.

Como la chiquilla siempre había sido muy curiosa y preguntona sobre sus ancestros, hacía tiempo que le había permitido acceder a las fotografías familiares que conservaba en la casa. Y ella, valiéndose de las tecnologías existentes, las había ido digitalizando para poder trabajar con ellas e ir recobrando juntos de recuerdos y anécdotas de sus mayores.

Entre las fotos que logró conservar, habían algunas de finales del siglo XIX de las conocidas como fotografías post mortem, con las que se buscaba perpetuar la presencia y recuerdo de aquellos que dejaban este mundo tomando una instantánea al fallecido para dejar su retrato para la posteridad.

Aquella luctuosa práctica suponía, para las clases menos onerosas, un recuerdo de aquellos que partían. Y aunque en aquel tiempo era bastante costoso, desde luego era una opción algo más asequible y popular que los ostentosos retratos en lienzos de gran formato con los que las clases pudientes immortalizaban a sus ancestros, logrando así poner cara a buena parte de los miembros de sus árboles genealógicos.

Una de aquellas fotos es la que estaba manipulando la niña en aquel momento, insertándola en una aplicación informática. Y de repente, ante sus ojos, aquel lejano antepasado que hasta entonces no pasaba de ser una imagen estática e inanimada -nunca mejor dicho-, no solo cobró vida, sino que se puso a cantar uno de los temas de moda del momento.

– ¿Pero qué diablos es esto? -preguntó algo horrorizado José.

– Esto abuelo, sirve para hacernos una idea de cómo se moverían nuestros mayores. -Le dijo con toda la naturalidad la joven Fina-. Las generaciones posteriores ya habéis tenido la suerte de poder grabar la voz o el sonido de los vuestros primero, y luego incluso grabarlos en esas cintas de hierro y cromo que guardas en el armario en forma de rollos o cintas VHS. De esa forma, como sé que haces cuando te encuentras sólo, puedes volver a ver a la abuela, escuchar su risa, y ver a vuestros hijos cuando eran pequeños, y así mantenerlos vivos en tu recuerdo. Pero ¿cómo se moverían los de años atrás?

– Ya, pero no es lo mismo -Dijo algo cohibido el abuelo.

– No, ya sé que es diferente. Pero ¿No te hace ilusión ver a tu bisabuela moviéndose? Obviamente, no es ella quien canta. Pero la ves sonreír, girar ligeramente la cabeza... Como si estuviera viva durante unos segundos. Y por otro lado ¿Crees que sus ropas serían siempre blancas o negras? ¿Que no existía la ropa de colores? Los jóvenes estamos descubriendo que nuestros ancestros no vivían en estos tonos tan apagados. Espera y verás.

Y de nuevo, se puso a trastear por la tablet para entrar en otro programa, y de repente, otra foto familiar, en la que se veía a un buen grupo de parientes en una comida dominical, tornaban sus ropas en blanco y negro por otras de alegres colores, propios del momento que estaban disfrutando.

– ¿Lo ves? Y ya no sólo esto. Ahora, existen páginas de internet donde podemos buscar a más familiares, e incluso fotos de los mismos, pues gracias a webs de sagas familiares y genealogía, puedes llegar a saber que un hermano de tu bisabuelo marchó a vivir a Extremadura, y allí formó una familia con la que mantenemos lazos de sangre.

– Ostras, qué curioso. Pero, aunque todo eso está muy bien, ellos seguirán sin estar con nosotros –respondió el abuelo abrumado por todo aquello que desconocía, y un cierto deje de melancolía, pues sin duda pensaba en su adorada Aurora.

– Abuelo, le voy a hacer una pregunta, y por favor, no quiero que me malinterprete ni que lo que le voy a proponer es una aberración. ¿Me lo promete?

– Miedo me das, pero venga, dispara.

– ¿A usted le gustaría llevar a la abuela Aurora consigo todos los días? Y no me refiero en su pensamiento y corazón, pues ahí la llevamos todos... Me refiero a físicamente. – Y mientras decía esto, Fina observaba la cara de estupefacción que empezaba a poner su abuelo, y antes que el hombre se pensara lo peor, comenzó a explicarle- A ver, repito, no quiero que se asuste ni que piense que le propongo ideas desorbitadas. Pero hoy en día existen medios para utilizar los restos de nuestros seres queridos y transformarlos en algo tangible, como por ejemplo, un disco de vinilo. Y en él se podrían grabar las canciones que tanto le gustaban a la abuela y canturreaba a toda hora. Y si estiramos el presupuesto un poco más, podríamos emplear sus cenizas para crear con ellas unos pequeños diamantes y los pueda llevar consigo en un anillo o donde prefiera, y así le pueda acompañar, como decía aquella vieja canción, para siempre.

El abuelo se quedó mudo ante lo que le estaba proponiendo su nieta. ¿Era todo aquello posible? ¿Sería él capaz de sacar a su añorada Aurora de su tumba para convertirla en algunas de esos objetos que le decía Fina? ¿Serían capaces de hacer eso con él cuando ya no esté?

Fina, al ver que su abuelo no reaccionaba, decidió darle un beso y dejarlo con sus pensamientos. Estaba claro que el salto generacional era demasiado grande, y que transgredir las viejas tradiciones por los muertos era algo que había sobrepasado a su querido abuelo José.

José se daba cuenta cómo, a diferencia de lo que ocurría con los de su edad, para quienes una pérdida suponía un drama casi irreparable, que se acentuaba pocos años después de la partida del ser querido cuando se les iba desdibujando el recuerdo de sus más allegados, para las nuevas generaciones la muerte de sus seres queridos no era tan dura gracias a todos esos avances actuales, que lograban que su recuerdo no se terminase de ir del todo.

Fina, por su parte, pensaba en lo que más de una vez habían estado hablando en casa: de cómo aquel pequeño caserío de montaña donde vivían había ido reduciendo su vecindario urbano durante los últimos 150 años, de una forma directamente proporcional a cómo la parca había aumentando el censo de los habitantes del camposanto.

Aunque como logró entender también, no sólo la muerte mataba a aquel villorrio. Por lo que habían estado estudiando juntos, la sangría comenzó a finales del siglo XIX cuando muchos de los vecinos del pueblo se marcharon buscando una vida mejor. Hasta en su casa tenían un ejemplo, como aquel pariente que se había marchado a Extremadura tal y como habían descubierto por internet.

Algunos -aunque no fue el caso de su familiar-, con el tiempo regresaban al pueblo cargados de años y achacosos para terminar sus días junto a las tierras donde nacieron, pero eso no hacía más que acrecentar el tamaño del cementerio.

Y por si esto no fuera bastante, aquellos que habían decidido quedarse en el pueblo, con el tiempo se dieron cuenta que no pudieron evitar que sus hijos también partieran y que, en su gran mayoría, ya no regresaran, muriendo de pena y soledad por la doble pérdida.

Sin embargo, los hijos de aquellos hijos, atraídos por conocer sus orígenes, comenzaron a regresar al son que les marcaban sus ajetreadas agendas, pero sin terminar de quedarse para crear nuevas vidas con las que repoblarlo.

Por eso cada muerto era tan llorado para su abuelo. Porque cada ausencia suponía también la muerte de su pueblo y su memoria. Y a los más mayores de poco les servirán que quedasen sus fotos, sus videos, sus huellas o sus diamantes. ¿De qué sirven todos esos objetos, pues sin quienes allí aparecen, ya no hay vida?

Afortunadamente, al menos para ella, cuando el desastre parecía inminente y su familia debía abandonar el pueblo, pues el silencio y el viento eran quienes dominaban las calles, algo que sucedió a miles de kilómetros logró revertir la situación. i

Al parecer, un virus llegado de otro continente se estaba cebando a nivel global con todos los países del planeta, sobre todo en aquellos en los que más gentes habitaban. Los gobiernos obligaron a los ciudadanos a permanecer encerrados en sus casas mientras encontraban alguna solución, y únicamente los dejaban salir de sus cubículos de hormigón para salir a comprar alimentos, pasear a las mascotas y las necesidades más urgentes. Las grandes ciudades se convirtieron en lugares muertos, sin tráfico, sin personas que las recorrieran, sin vida.

Desde las televisiones de aquel pequeño pueblo, Fina observaba como ahora esas grandes ciudades donde se habían trasladado sus amigos y vecinos se asemejaban al lugar que habían abandonado. Sin embargo ella, sus padres, su abuelo y los pocos vecinos que tenían, al estar alejados de todo y de todos, seguían con su vida cotidiana, más vivos que nunca, pese a ser regañados de tanto en cuanto por alguna patrulla de la Guardia Civil que se dejaba caer por allí. Aquí nadie sabía nada de virus ni de pandemias. No tenían carestías de alimentos, porque con los animales del corral, las hortalizas del campo, las carnes de la jarra y las conservas, tenían asegurada su supervivencia. Y gracias a las antenas que habían colocado en lo alto de la montaña junto a la ermita, disponían de señal de telefonía e internet, por lo que podían seguir comunicados con el exterior sin salir del pueblo.

Y eso no pasó desapercibido para los emigrados. Al verse aislados y encerrados, añoraron la libertad que se respiraba en el pueblo, que bien mirado, no quedaba tan lejos del mundanal ruido y garantizaba una mayor calidad de vida, repleta de espacios abiertos próximos a las montañas, aguas limpias de las fuentes cercanas y sin tanto tráfico que pusiera en peligro la vida de sus hijos. Y todo a menos de una hora de donde ahora estaban presos, que era el mismo tiempo que a muchos les costaba cruzar los ríos de asfalto para llegar a sus trabajos.

Por eso, cuando las medidas de confinamiento se fueron relajando, el pueblo de pronto se vio inundado de aquellos descendientes que parecía habían olvidado sus raíces. En apenas unos meses todo estaba patas arriba, con obras por doquier, pues todos trataban de acondicionar las casas de sus bisabuelos para dotarlas de las comodidades que tenían allá de donde venían. Hasta las viejas calles empedradas se vieron atacadas por excavadoras que metían tuberías y cableados, y el edificio de la Escuela, tantos años cerrado, se renovó por completo para intentar su reapertura.,.

Algunos de los recién llegados, con ínfulas de protagonismo, se presentó para alcalde y comenzó a buscar la forma de atraer comercios y habitantes para revitalizar lo que parecía estar en estado de coma.

A su abuelo y otros viejos del lugar todo aquello les superó. De ver pasar la vida y pasear a los gatos mientras tomaban el sol en los bancos ubicados frente a la fuente de la plaza, ahora tenían que resguardarse en los porches del ayuntamiento para no ser alcanzados por algún balonazo con los que jugaban los niños que correteaban por doquier. Y no sólo era durante los fines de semana o los periodos vacacionales. Ahora los padres de estos ya no se marchaban los domingos, sino que quedaban y subían y bajaban diariamente a sus lugares de trabajo, para regresar a sus reformadas casas a dormir.

A Fina le hacía gracia cómo el nuevo entretenimiento de los amigos de su abuelo se había convertido en intentar reconocer los rasgos de alguno de los ausentes entre los que ahora ocupaban las viejas propiedades. Se especulaba si el nuevo inquilino era nieto del tío Pepe, el que marchó a Barcelona y se casó con la Juliana en una de las pocas veces que regresó, pues sabían había tenido varios nietos; o era sobrino de la Antonia, que por herencia había logrado hacerse con las propiedades de sus tíos, y que de hace un tiempo a esta parte venía por el pueblo acompañada de un madrileño, que debía ser el mozo que acompañaba a los *guabros* que tenían delante.

Por su parte, los neo rurales trataban de integrarse con los lugareños. Los saludaban todos los días cuando pasaban por su lado, les ofrecían traerles productos que no tenían en el ultramarinos del pueblo, y de vez en cuando, hacían jornadas de convivencia donde se esforzaban en recuperar las viejas historias del lugar, y en conocer a los amigos con quienes sus abuelos habían convivido cuando eran jóvenes, y de los que tantas andanzas habían escuchado contar al calor de la estufa.

Fina encontró a jóvenes próximos a su edad, con los que pronto hizo miga y logró integrarse sin que se notara esa brecha entre lo urbano y lo rural que a los más mayores tanto les costaba superar.

Fina y José andaban cada uno con sus reflexiones, cuando llegó Manuel, padre e hijo respectivamente de ambos, muy alterado.

--Padre, padre ¿Está Fina con usted?

– Sí, aquí estamos. -respondieron a la par, demostrando una vez más lo unidos que estaban, sacándoles a su vez una sonrisa mientras se miraban con complicidad.

– ¿Qué ocurre, hijo? ¿Qué pasa que vienes tan agitado?

– ¡Que vamos a tener mellizos en el pueblo!. Elena, la hija de Virtudes, la del horno, acaba de anunciar que está embarazada ¡Y de mellizos! ¿Sabe eso lo que supone? Que después de 15 años, Fina ya no va a ser la última vecina de esta población. Pero es que además, Felipe, el alcalde, acaba de anunciar que ha logrado del gobierno provincial que nos pongan un autobús directo a la capital todos los días. Si a eso le añadimos la reciente noticia que se publicó hace un par de meses que a cada familia con niños en edad escolar que se empadrona en el pueblo se les asignará una de las viviendas por reformar que hay en las eras, a las afueras del pueblo... ¡¡El pueblo volverá a estar vivo!!

Fina y José se miraron, y sin cruzar palabra, se abrazaron y se pusieron a llorar. Con aquella única mirada, ambos comprendieron lo que suponía para ambos aquellas buenas nuevas. Fina ya no tendría que abandonar a los suyos ni el pueblo para continuar estudiando. Y José ya no tendría tanta pena por los muertos. Ahora ya habrían vivos que recorrerían los campos floridos en primavera; tocarían las campanas en las fiestas de invierno; llenarían las orillas del río para chapotear en verano; y recogerían los frutos otoñales que volverían a crecer en los coloridos campos. El pueblo, no moriría.